

Los medios informativos en peligro

Por Gloria Moreno

Los medios de prensa se mueven en Colombia al vaivén de dos tipos de terror. Uno proviene de factores externos. Es más evidente. Otro tiene que ver con los propios medios y sus periodistas.

Ambos están poniendo en riesgo la libertad de prensa en nuestro país, y desde luego, el derecho a la información de cuarenta millones de colombianos.

En primer lugar, me referiré a las presiones y manipulaciones provenientes de los bandos enfrentados, que, sin excepción, sesgan la información y emprenden otra guerra: la de la desinformación. Una táctica que consiste en tenderle trampas a los medios: tarea tan vieja como la guerra misma, pero más sofisticada e intensa a medida que transcurre el tiempo. Por ejemplo, en el ambiente castrense se la conoce como “operaciones psicológicas”; “operaciones psicosociales”. Se refieren al trabajo de una institución militar conocida como “Departamento 5”. Frente a su acción, sólo un sector de la prensa colombiana ha emprendido su estudio y su análisis con el fin de descifrarla, y desde luego, contrarrestarla.

Hoy nadie pone en duda que los protagonistas de la guerra en Colombia —guerrilleros, paramilitares, militares o delincuentes comunes— buscan utilizar al periodista como pregonero de sus propósitos político-militares o financieros. Ellos saben muy bien que los medios de prensa son una caja de resonancia que genera opinión pública, y un arma más eficaz que su propia maquinaria.

Pero todos aquí sabemos que uno de los fundamentos del periodismo consiste en actuar no solamente basado en la confianza hacia sus fuentes. Se trata de cuestionar y confrontar con otras fuentes cada arista de la información que se recibe, antes de dársela a conocer al gran público.

Se me viene entonces a la memoria, algo que leí recientemente del periodista argentino Tomás Eloy Martínez: “De todas las vocaciones del hombre, el periodismo es aquella en la que hay menos lugar para las verdades absolutas. La llama sagrada del periodismo es la duda, la verificación de los datos. La interrogación constante. Allí donde los documentos parecen instalar certeza, el

periodismo instala siempre una pregunta. Preguntar, indagar, conocer, dudar, confirmar cien veces antes de informar: esos son los verbos capitales de la profesión más arriesgada y apasionada del mundo”.

Todos aceptamos este hecho. Pero en Colombia, la desinformación es un arte. Habitualmente los periodistas nos alimentamos de desinformación y quienes buscan descarrilarnos profesionalmente, conocen nuestra mayor debilidad: los directivos de los medios conceden cada día menos tiempo y restringen cada vez más el accionar del reportero intentando mejorar la calidad de sus investigaciones. Alegan la necesidad de reducir al máximo sus costos de producción. Hoy estamos ante empresas cuya finalidad fue históricamente informar, convertidas en industrias en las cuales se trata de buscar cada vez mayores rendimientos económicos.

Este afán se condensa, por ejemplo, en la hora límite de entrega de los materiales que han de ser emitidos. En los medios se le llama “cierre de edición”. Con unas pocas excepciones, hoy en nuestro medio y en nuestros medios de prensa, se trata de hacer las cosas pronto y fácil.

El terror también llega a los medios y a nosotros mismos como consecuencia de factores internos y algunas veces, muchas veces diría yo, nos descarrilamos solos. Desconocemos, por ejemplo, que nuestra mejor póliza de vida es realizar el oficio basados en los fundamentos del periodismo. El chaleco antibalas más eficaz en nuestra profesión es el profesionalismo. Profesionalismo significa, por ejemplo, equilibrio, precisión, independencia, neutralidad.

No tomar partido ni alinderarse con ninguno de los bandos en conflicto ha sido históricamente una fórmula sabia para sobrevivir. Y sobrevivir, además de su significado obvio, es no perder jamás la credibilidad.

Las fuentes de información son la cantera del periodista. Los fundamentos de nuestro oficio señalan que el manejo correcto de aquellas fuentes, debe estar regido por una barrera que limita las relaciones profesionales y las relaciones personales entre el reportero y sus informantes.

No obstante, la experiencia señala que hoy en Colombia una parte de los periodistas que han afrontado desde

la muerte hasta el destierro, violaron en alguna forma aquella barrera. Traspasaron los límites de la relación profesional y dieron un paso dentro del área de las relaciones personales o de amistad. Como dicen, se involucraron con sus fuentes de información.

Pienso que el conflicto nos obliga irremediabilmente a cumplir con exactitud, sin olvido, sin menosprecio, los fundamentos de la profesión. Otro de ellos, aprendido el primer día de trabajo en un medio de prensa en este país, se llama versatilidad.

Según la experiencia, algunos de los periodistas muertos, desterrados o amenazados en Colombia, olvidaron aquello. En varios casos, análisis de las publicaciones que antecedieron a sus descalabros, señalan que durante etapas prolongadas se habían enfrascado en temas únicos, acaso obsesivos, teniendo un país con una desbordante riqueza temática que permite variaciones pasajeras, sin darle la espalda al tema central.

La libertad de prensa está cimentada en los derechos, pero también en los deberes del periodista. Generalmente nunca se hace alusión a los deberes, según los cuales, los periodistas están sujetos a responsabilidades muy concretas. La primera, respetar los derechos de los demás. O respetar la honra de los demás. O no poner en peligro la vida ajena. De eso no se habla en nuestro medio.

Justamente por olvidar que los periodistas tienen deberes muy concretos y muy puntuales, tres ruandeses están siendo juzgados por el Tribunal Penal Internacional. Cargos: genocidio e incitación al genocidio de más de ochocientos mil seres humanos durante la guerra en ese país africano. Sus nombres son Ferdinand Nahimana, Jean Bosco Barayagwisa de la emisora Mil Colinas, y Hasan Ngeze, editor del diario Kangura.

Es de esperar que aquí cambien las cosas y nunca un periodista sea responsable de la muerte de colombianos, o señalado como lo fueron también reporteros serbios, acusados de incitar al odio y a la intolerancia entre etnias que durante siglos habían vivido en paz. Ellos no portaban fusiles sino palabras que detonaron una chispa de muerte. Según documentos, aquellos periodistas eran «contadores de historias falsas, contadores de historias tergiversadas más incitadoras de violencia que las mismas balas».

Medios para la Paz surgió de un grupo de periodistas colombianos que veían la necesidad de elevar su nivel de capacitación frente al oficio y frente al conocimiento de nuestro país. Buscamos informar cada vez con mayor profesionalismo en un intento por desarmar la palabra.

Para luchar contra la guerra es preciso conocerla en sus antecedentes, la manera como ha estado presente a través de los dos últimos siglos en Colombia, en los diversos intentos de pacificación realizados en otras épocas, en el contenido de los armisticios y tratados internacionales, en las piedadades del derecho internacional humanitario creado para debilitar su garra y en el avance de los derechos humanos como sustento de la paz y la democracia.

Nuestros talleres han puesto en el banquillo analítico del oficio, textos que sopesados entre colegas, dejan ver

escrituras ocultas entre líneas, intencionalidades sesgadas, granadas de fragmentación arrojadas por los periodistas como consecuencia de las manipulaciones de los actores del conflicto sobre la información, o por el desconocimiento de parte del reportero, que estallan en el cerebro de los lectores y generan heridas de desconfianza, desesperanza o escepticismo. En un alto porcentaje, los redactores son sorprendidos en este tipo de análisis. Finalmente concluyen reconociendo su inconsciencia frente al mecanismo de relojería que es la estructuración de la noticia, y al mismo tiempo su condición de víctimas frente a las intenciones de los violentos por asesinar la verdad.

La palabra precisa, la significación justa, la semántica de una guerra y de una paz que cada vez se definen más en las filigranas de la opinión pública, requieren de instrumentos adaptados a nuestro medio. El diccionario *Para desarmar la palabra*, con los seiscientos términos más usados en esta guerra, se ha convertido en obra de consulta en la cual los reporteros colombianos afinan la precisión del lenguaje y la naturaleza de los hechos codificados por las palabras.

Igualmente, el libro *Las trampas de la guerra. Periodismo y conflicto* que el año pasado entró en circulación para alertar a los colegas sobre las presiones y manipulaciones de los guerreros, se ha constituido en otra herramienta para la cualificación profesional de los periodistas.

Parte de la actividad de Medios para la Paz se concentra también en un periódico impreso: *El Antivirus*, especie de vacuna contra las manipulaciones de los guerreros sobre la información, y en una red virtual, *Cibertertulia*, con materiales que tienen que ver con el ejercicio del periodismo en tiempos de guerra.

Tenemos igualmente una página web con dos mil quinientas visitas mensuales y un consultorio conformado por maestros del periodismo colombiano que resuelven diariamente las dudas de los colegas sobre el oficio entre fusiles.

Estos instrumentos aglutinan hoy a quinientos veinte periodistas colombianos que conforman el cuerpo de esta iniciativa en todo el país.

El radio de acción de Medios para la Paz cubre las principales ciudades del país y las zonas de guerra. Allí los periodistas trabajan en condiciones de amenaza, de secuestro, de censura, de blanco en medio de todos los fuegos. Ha sido allí, en sitios cuyos nombres hoy se asocian a combate: Magdalena Medio, Urabá, "Zona de despeje del Caguán," Valle del río Cauca, Nariño, Cesar, donde las historias heroicas de los reporteros rasos han sido sometidas al triple ejercicio de la comprensión, la crítica y la solidaridad.

Hasta hoy han acudido a los talleres organizados por Medios para La Paz, mil periodistas colombianos, buena parte de ellos en las zonas de conflicto.

Los periodistas acuden masivamente a nuestras actividades. Ese poder de convocatoria, frente a un gremio escéptico y sobrecargado de trabajo, es en sí mismo el triunfo de la transparencia, de la constancia, de la solidez de unas ideas y de la justicia de unos propósitos. ■